

leyes represivas y restrictivas! ¡Fuera los extranjeros!.....

El maligno Don Carlos María Bustamante que tan bien sabía impregnarse de los sentimientos y errores públicos, dice hablando de las concesiones justas que pretendía Francia en su *ultimátum* y que he dado á conocer: « Entre varias pretensiones absurdas que se presentaron al gobierno, una de ellas fué el comercio al menudeo de los franceses, por el cual se dejaba reducidos á nuestros conciudadanos industrioses á la mendicidad: la sola idea de que un mexicano á merced de su industria comercial no pudiera hacer su fortuna en su suelo natal, horroriza á todo corazón sensible (1). »

(1) Carlos María Bustamante, *Gobiernos de Bustamante y Santa Anna*, pág. 109.

CAPÍTULO III

LA CRISIS BÉLICA INEVITABLE

Rivera explica el deseo ardiente de guerra en México el año de 1838, porque la derrota tan reciente de Texas había herido el orgullo nacional, así como los papeles que se publicaban en Francia contra México, por lo que gran parte de la prensa y el pueblo instaban al gobierno á que no transigiese en nada (1). Es decir, la prensa y el pueblo instaban al gobierno para que no atendiese á lo justo ni á lo injusto de las reclamaciones, sino simplemente á vengar en los franceses la derrota con que nos había avergonzado un puñado de aventureros en Texas.

En primer lugar ni Francia ni los franceses de México eran culpables de nuestra reciente derrota en Texas, sino los militares mexicanos y especialmente Santa Anna, que había dispuesto una expedición en condiciones que necesariamente la debían hacer fracasar. Pero los mexicanos no conocían la verdad sobre Texas sino las groseras mentiras

(1) Rivera, *Historia de Xalapa*, tomo. III, pág. 359.

que el general Santa Anna les había servido en la cantárida de la vanidad pública. Si había la convicción de que para reconquistar Texas era preciso acudir á la guerra ofensiva y que para ella no había dinero; esto era falso pues se gastaban en efectivo cada año, en ejército, de ocho á catorce millones de pesos, no obstante la miseria social, cantidad más que suficiente para emprender contra Texas una campaña fructuosa; pero ya he dicho, el público no se daba cuenta que el ejército sólo servía en México para contener un poco de tiempo á la clase militar entusiasta por el remate perpetuo de la silla presidencial, entre tanto el mismo ejército ya bien corrompido, se dejaba seducir y tomaba parte en el tráfico del poder produciendo ó secundando el inevitable *cuartelazo*. Entretanto su distracción era tiranizar y despreciar á la sociedad.

El orgullo nacional debía haberse sentido herido, de que la nación estuviese bajo las plantas y vicios de una *turba oficialesca*, que la corrompía, la afrentaba, la expoliaba y la entregaba sin defensa á la rapiña filibustera de los aventureros norteamericanos ó á la conquista por cualquiera potencia ambiciosa. En vez de clamorear por nuevas guerras extranjeras para recibir nuevas derrotas y humillaciones, debió el pueblo haber luchado no por la democracia para lo que era incompetente,

sino para hacer y sostener un gobierno fuerte, civil, respetable, capaz de usar de todos los recursos de la nación y salvar la parte más rica de su territorio de la absorción casi neumática de los Estados Unidos. Abandonar la lucha en el terreno donde era necesaria y donde el verdadero honor la exigía que era en Texas, para buscar laureles imposibles hostilizando á Francia que no pretendía conquistarnos ni tomarnos una pulgada de territorio, ni una palabra de nuestras leyes, ni una vibración del sentimiento de nuestra independencia, era insensato, ridículo y antipatriótico.

Era sencillo despachar el ejército á Texas, siempre que las clases superiores hubieran organizado con las populares, milicias para cuidar el orden en las ciudades y pueblos y defenderlos contra la clase militar que fuera del honor y del presupuesto debía como siempre levantarse para derrocar al gobierno que no cumplía ni podía cumplir con el compromiso fundamental de los caudillos pretorianos que en páginas anteriores he citado : « Oh emperador, si no despojas al pueblo para enriquecernos, nuestra justicia te matará. » Con un poco de espíritu nacional esas milicias hubiesen podido hacer los grandes servicios que han hecho en muchas partes; no dar cargas á la bayoneta ni batallas campales, ni echarse sobre los cañones cuando vomitan metralla; pero sí sostener

á la policía y defender á la población débil contra el ataque de los malhechores. Si la clase militar turbulenta y numerosa existente fuera del ejército hubiera visto que mientras éste iba á Texas, los hombres del país estaban resueltos á defender sus bienes, su dignidad y su gobierno, se hubiera mantenido tranquila ó hubiera sido fácil y severamente castigada.

¿Por qué no se hacía lo que debió hacerse y que era ya bien conocido por haberlo hecho con fruto otras naciones? Mr. Chevalier que al juzgar á México el año de 1835 comete errores, falsedades y exageraciones, dice también grandes verdades y entre estas se encuentra la respuesta á la interrogación que acabo de hacer.

« Los nueve décimos de blancos presentan una noble semejanza con el vecindario de las ciudades de España, es una especie de gentes pacíficas, *sin ambición*, dotadas de sentimientos honestos; poco apáticas, enervadas y tan desprovistas de toda energía para el bien como de todo frenesí para el mal » « Un vecindario así formado de esta manera, no presenta *ningún recurso ya sea para defender al país contra invasión extranjera*, ya sea para constituir una opinión pública firme, severa y esclarecida, porque ignora aún lo que es la *furia francesa* y lo que quiere decir el valor civil de los ingleses. La suprema felicidad para esta clase,

es no hacer nada en lo físico ni en lo moral; y sin embargo para asegurar la conservación de este estado de inacción, ni aun tiene el grado de fuerza necesaria para organizarse en milicia única, formidable en los tumultos ó contra los ladrones. Hace veinte años que esta clase no ha sufrido modificaciones profundas en su temperamento, ni en sus tendencias; sin embargo ha cambiado más que los indios. Sus defectos han empeorado, por más que importa á su propia conservación el sacudirlos. Las crisis revolucionarias, la apatía y la indiferencia han llegado á la laxitud más culpable. Una y otra lo repito los conducen al suicidio. El vecindario mexicano parece que no tiene conciencia (1). »

Más tarde los inteligentes autores de los « *Apuntes para la guerra con los Estados Unidos* », hicieron notar que en México había una gran energía para las fanfarronadas é intolerancias á la que llamaron *patriotismo vocinglero*. Esta clase de patriotismo era enteramente inofensivo para todo enemigo extranjero, pero era imponente, incommensurable, irresistible para echar abajo á un gobierno que se atreviese á censurarlo, á calmarlo, á nulificarlo, á corregirlo, á escapar á su tiranía.

(1) *El Termómetro* (14 de Enero de 1838). Biblioteca Nacional. (Michel Chevalier).

El cuartelazo periódico daba lugar á uno ó varios *cuartelazos* extraordinarios contra un gobierno frío en el centro del fuego patrio.

En 1838, en el concepto público no siendo posible una guerra ofensiva contra los Estados Unidos ó contra Texas; el honor castellano quedaba manchado y era muy difícil lavarlo con una guerra defensiva; porque para la guerra ofensiva basta con que el ofensor quiera pelear, pero no basta para que haya combate que un individuo esté decidido á defenderse, se necesita encontrar un ofensor y para ello hay que apelar al medio de provocar el designado para ofensor. El *ultimátum* del barón Deffaudis, aparecía como el mayor de los beneficios: el ofensor que el honor necesitaba para vengar el fracaso de Texas, surgía en Europa; este hallazgo merecía un *Te Deum*, la guerra única posible, *la guerra defensiva* era segura y para ello bastaba que el gobierno desechara todo lo que reclamaba Francia; injusto ó justo; no se trataba de aparecer como pueblo civilizado sino como pueblo insolente que pide *campo, sol y armas* para probar no la justicia de su causa sino lo infinito de su valor.

Se creía en el pueblo que Francia comenzaría sus hostilidades con un bloqueo, al cual nadie prestaría atención. Entonces el honor de la nación francesa exigiría la invasión de nuestro territorio

con cien mil hombres á lo más (1). A esos cien mil hombres se les opondrían sesenta mil mexicanos que los derrotarían al primer encuentro. Los prisioneros serían destinados á trabajar nuestras minas, hasta que Francia los rescatara dando una fuerte suma (2). Al romperse las hostilidades el gobierno haría saber al mundo que estaba dispuesto á prodigar *patentes de corso* y tanto los campechanos, como los berberiscos, como los ingleses y aún todos los piratas del globo, se lanzarían sobre la nación mercante francesa para en dos años á lo más destruirla. Acosada Francia por centenares de corsarios, y no pudiendo evitar la ruina total de su comercio exterior pediría de rodillas la paz, que le sería concedida previa una fuerte indemnización de guerra y la entrega de cuatro de sus mejores navíos de línea. Con este oro y esta base de gran flota iría nuestro ejército á Texas y si era posible á los Estados Unidos (3). En suma la guerra con Francia reparaba todos nuestros males, haría ver á los Estados Unidos cómo se defendía el suelo patrio, para que perdiesen por completo la insensata ambición de invadirlo.

El *Patriota Jalapeño* decía y era escuchado con reverencia obteniendo en la prensa de México

(1) *Independiente*, Abril 2 de 1838.

(2) *El Adalid vengador*, Mayo 4 de 1838, Archivo Nacional.

(3) *El mismo periódico*, Mayo 13 de 1838, Archivo Nacional.

los honores de numerosas reproducciones. « Una vez comenzado el bloqueo, la bofetada ha sonado en nuestro rostro y aun cuando Francia de rodillas perdón nos pidiera, con el látigo la haría caer exánime. El pueblo mexicano sólo es generoso después de haber vencido y el francés *cobarde y rufián* sólo obtendrá nuestro perdón cuando bajo nuestras plantas gima pidiendo misericordia (1). « Recomendamos á nuestros compatriotas que antes de salir á campaña contra los mandrias franceses, den un paseo por todos los muladares y cloacas, pues no debemos hacerles el honor de darles puntapiés con los pies limpios. Contra esos cobardes pordioseros que buscan las migajas de nuestra opulencia no hay que usar fusiles, sino reatas para arrastrarlos á cabeza de silla hasta dejar remolidos sus inmundos cráneos en nuestros vastos pedregales (2). » « Sí, Francia abominable y maldita, ven á caer dentro de nuestras fauces sedientas de tu sangre, para machacar tu medula y escupirla después con asco, nuestras mujeres desde el Popocatepetl, verán un mar rojo con sólo tu impura sangre (3).

Por estas manifestaciones de la prensa saborea-

(1) Septiembre 2 de 1838 *El héroe*, Archivo Nacional.

(2) *El Leónidas*, Agosto 15 de 1838, Archivo Nacional.

(3) *El mismo periódico*, Septiembre 8 de 1838, Archivo Nacional.

das con delirio intenso, se verá que la excitación pública había llegado á la temperatura de fundición del cobalto y que el pueblo como un solo hombre iba á levantarse para escarmentar al invasor. La fe en la victoria era más ardiente que en la religión. La venganza aleteaba como un ángel pardo exterminador, el patriotismo no conocía límites, ni decencia, ni civilización en sus manifestaciones, Nuestro inolvidable Guillermo Prieto compuso las estrofas del himno de guerra que exigían las circunstancias :

Mexicanos, tomad el acero.
Ya rimbomba en la playa el cañón
Odio eterno al francés altanero,
Y vengarse ó morir con honor.

Lodo vil de ignominia horrorosa
Se arrojó de la patria á la frente.
¿Dónde está? ¿Dónde está el insolente?
¡Mexicanos! ¡Su sangre bebed!

Y romped del francés las entrañas
Dó la infamia cobarde se abriga;
Destrozad su bandera enemiga
Y asentad en sus armas el pie.

Si comparamos las estrofas del himno de 1838, con las del actual, se observa la prueba de un notable progreso. En nuestro actual himno se revela el patriotismo de una nación más civilizada, más serena, más firme. El himno de 1838, tiene el sabor gótico de la época de Pelayo, propio para

celebrar la batalla de Covadonga si no fuese una invención. En la epopeya hay dos períodos : En el primero se hace lo que se dice : los pieles rojas, van al combate para beber la sangre de los vencidos y de veras se la beben. En la época de Pelayo, el canibalismo era puramente mental, pues no se sabe que los godos hayan bebido sangre mora. En 1838, nuestro patriotismo era mentalmente salvaje, nuestros bardos colocaban los actos caníbales como el primero de los deleites que ocasiona la victoria. El verso de dicho himno.

¡ Mexicanos ! ¡ Su sangre bebed !

comprende el patriotismo de tribu feroz que por tanto tiempo conservaron los españoles en su literatura enérgica y siniestra.

En el centro de ese ciclón patriótico formado por la prensa de los partidos extremos, hablaba la razón por medio de *El Mexicano*, periódico moderado, ilustrado, prudente y verdaderamente patriota. Decía ese respetable y honorable órgano del buen sentido y de los verdaderos intereses mexicanos :

« Mas en el segundo caso, es decir cuando han precedido contestaciones entre los funcionarios de ambos gobiernos, *y el ultimátum es el resultado de los errores* ó por lo menos de manejo poco acertado de nuestros gobernantes, entonces la causa

no es ni puede ser nacional, á no ser que se quiera con toda injusticia que la nación se haga responsable de los yerros de sus funcionarios (1). » « Si pues los motivos que han conducido las cosas entre Francia y nuestro gobierno al estado en que hoy están, han consistido en aberraciones personales de algunos funcionarios ¿por qué no influye sobre ellos únicamente la responsabilidad? ¿Por qué se quiere envolver en ella á una nación inocente? »

El Mexicano creía bien, que no existían tales ofensas de Francia, ni pretensiones que por no ser posible satisfacer en el territorio del honor, de la conveniencia, hiciesen necesaria la guerra. Para *El Mexicano* las cosas habían llegado al grado que se encontraban por excesos ó manejos poco acertados de nuestros funcionarios; esto era cierto pero no lo era que éstos quisieran envolver en la responsabilidad á una nación inocente. La nación era la que quería envolverse, la que instaba á los funcionarios á cometer desaciertos é injusticias para ir á la guerra. Los errores de los funcionarios les eran impuestos y la inmoralidad de éstos les había permitido aceptar el triste papel de obedecer órdenes dementes é injustas. Un hombre honorable debe rehusar secundar locas injusticias, aun cuando sea el pueblo quien pretenda imponerlas. El hombre

(1) *El Mexicano*, Abril 11 de 1838. Biblioteca Nacional.